

ALGUNOS PERSONAJES DE LA MITOLOGIA TEHUELCHÉ MERIDIONAL

ALEJANDRA SIFFREDI

Sobre la base de los datos más recientes relevados por Bórmida, Casamiquela y nosotros¹ en investigaciones de campo realizadas en la provincia de Santa Cruz a partir del año 1963, resumiremos el contenido de la mitología tehuelche actual. En primer lugar se da el ciclo heroico de Elal, personaje central de la mitología tehuelche; éste es el padre de los Aónik'enk² y su héroe civilizador. Alrededor de esta figura se agrupan narraciones etiológicas de diversa índole, vinculadas con la construcción del "mundo", la aparición del hombre, la introducción del fuego, de las armas y de algunos animales, la división del tiempo en estaciones, el alejamiento y muerte de animales dañinos, la introducción de la muerte, etc. Las narraciones no-etiológicas son de carácter esencialmente heroico refiriéndose a la vida y actuación de Elal como ser dotado de poderes excepcionales, y se vinculan estrechamente a su intervención como tesmóforo en los mitos etiológicos precitados. Los personajes del Ciclo son en su mayoría animales, como es de esperar en una cultura de cazadores. La mayor densidad de información se centra en este Ciclo³.

En segundo lugar contamos con narraciones míticas desligadas del ciclo de Elal; en éstas aparecen distintos personajes: Ouken, el hombre que no mentía nunca; Ookëmpáne, animal cascarudo que robaba chicos; Uámenk, el chamán; las Chóion, mujeres que vivían sin hombres; Jóshn, el viento. En tercer lugar contamos con datos acerca de algunas figuras míticas como Ajehm, especie de espantapájaros cuya función es la de atemorizar a grandes y pequeños; Karuten, el trueno, ser que desencadena los fenómenos telúricos; Karunon, la "vieja del cielo"; Máip, que analizaremos más adelante, etc.

Por último se dan cuentos animalísticos en relativa abundancia. La estructura de los mismos es muy semejante a la de cuentos folklóricos de amplia dispersión geográfica en el territorio argentino y países limítrofes (Chertudi, 1959 y 1962). Los personajes son los animales

propios del hábitat patagónico: el puma, el carancho, el chorlo, el chimango, los perros, el lobo marino, el chingolo, la tortuga, el zorro, etc. Los cuentos en que interviene el zorro son bastante numerosos, asumiendo en ellos tanto el rol del burlador astuto como el del burlado.

Nos proponemos analizar ahora tres figuras de la mitología tehuelche meridional: el Sol, la Luna y Máip.

SOL Y LUNA. Los datos que pudimos obtener en el campo acerca de estos personajes son fragmentarios, integrándose en su mayoría al ciclo central de la mitología tehuelche, es decir al ciclo de Elal. Otro tipo de datos se refieren a la Luna como divinidad de algún modo diferenciada y con culto propio. No hemos podido establecer vinculación alguna entre Sol y Luna por un lado y ser celeste por otro, tal como hizo Llaras Samitier en su trabajo sobre mitología tehuelche, (1950, pp. 187-188), donde se dan referencias acerca de la creación de estos astros por *Kóoch*, el dios del cielo.

En nuestras versiones Sol y Luna participan de un episodio dentro del ciclo de Elal, el de la Hija del Sol. Se trata de un conjunto de sucesos vinculados por un nexo que consiste en el propósito por parte del héroe —Elal— de casarse con la Hija del Sol, y que devienen en una serie de vicisitudes mediante las cuales el héroe trata de acceder a la misma. Las peripecias de Elal asumen un claro sentido de pruebas impuestas por el Sol y la Luna antes de concederle a su hija. El contenido de éstas varía de un relato a otro, pero el común denominador es la lucha con seres malignos que perseguían y mataban a los hombres: el Guanaco macho, el Avestruz, el Cerro encantado que arrojaba raspadores . . . La Luna se manifiesta como un ser veleidoso y astuto que siempre pide al héroe cosas nuevas (raspadores, huevos de avestruz, cogote de guanaco) para hacerlo enfrentar con seres peligrosos y de este modo vencerlo. Por su parte el Sol —*Kéenguenken*— sostiene un duelo con Elal al lado de un fogón al cual arrojaba a la gente que pretendía a su Hija; otras tretas empleadas por el Sol varían según las versiones y consisten en hacer caer en un pozo pantanoso con un peligroso lagarto en el fondo (Yebes), en un pantano (Velázquez), etc.

Al vencer Elal todos los obstáculos es objeto de un engaño por parte de Sol y Luna que intentan reemplazar a su hija por una sirvienta. Empero los poderes del héroe le permiten darse cuenta del engaño, obteniendo entonces a la Hija del Sol. Poco después ésta es arrojada al mar donde todavía permanece (Yebes) como castigo de

Elal que manifiesta de este modo su disgusto con el Sol y la Luna. Una vez allí se transforma en un ser mixto: sirena en algunas versiones, vaca marina en otras. A este acontecimiento se relaciona un mito etiológico narrado por la anciana Yebes, que explica el origen y razón de ser de las mareas a partir del movimiento del mar producido por la Hija del Sol transformada en sirena cuando ve aparecer a su madre en el cielo durante los días de luna nueva. Al decir de la anciana Yebes “por eso es que cuando aparece la luna nueva la mar se enoja, se mueve, se levanta, porque la hija está contenta cuando viene la mamá”. Es sabida la influencia de la luna sobre la marea y la relación existente entre luna nueva y marea alta. Notamos la semejanza de este mito con una versión tehuelche septentrional recogida por Lehmann-Nitsche (1919c., pp. 207) en que el fenómeno de la marea alta se atribuye a dos hermanas que se arrojaron al agua, transformándose una de ellas en sirena.

Retomando el hilo de las narraciones, es importante destacar que en el grueso de las mismas el Episodio de la Hija del Sol acaece en las regiones celestes, siendo Sol y Luna personajes humanos como lo atestigua el hecho de vivir en carpas, utilizar raspadores, cueros de guanaco, y estar rodeados de los animales propios del habitat del cazador tehuelche, tales como el guanaco y el avestruz. Estos y otros más al decir de la anciana Yebes “están fotografiados en el cielo, junto con las boleadoras que utilizó Elal”. La creencia en la relación entre las constelaciones del cielo y los objetos de la tierra —especialmente los animales— es una tradición muy antigua, si bien hoy en día los informantes ya no están seguros de los detalles. (Zerries, 1959, p. 7).

En cambio en las versiones de la anciana Velázquez el marco espacial en que se ubica el Episodio de la Hija del Sol es diametralmente opuesto: acaece en la tierra en un lugar imprecisamente ubicado al norte de Santa Cruz, donde Sol y Luna a raíz de las tretas que hicieron al héroe son condenados por éste a desterrarse al cielo, adquiriendo allí su conformación y funciones definitivas. Testimonio de este suceso es el toldo de ambos seres que todavía permanece convertido en piedra, conservando la impronta de las manos y órganos genitales del Sol y de la Luna, quienes se afirmaron en el techo del toldo para emprender su viaje al cielo.

Las referencias al Episodio de la hija del Sol en los autores que trataron el ciclo de Elal son fragmentarias. Lista (1894, p. 25) y Borgatello (1924, p. 129) mencionan el engaño de que es objeto Elal

por parte del Sol al pretender hacer pasar la sirvienta por su Hija. Hughes (127, p. 69) sólo observa que Elal tuvo que destruir “los animales feroces que pululaban por la tierra, antes de obtener a la Hija del Sol y de la Luna por esposa”. La versión inédita de Harrington (1936) procedente del informante Adolfo Nahuelquir Chiquichano (mestizo de tehuelche meridional y septentrional) es más explícita en lo relativo a este episodio. En ella se mencionan varias pruebas a que es sometido Elal por el Sol: la del fuego, el enfrentamiento con una peligrosa piedra para obtener un raspador y la lucha con el Guanaco macho. El contenido de las mismas es semejante al de las versiones recogidas por nosotros, difiriendo tan solo en algunos detalles.

Llaras Samitier (1950, p. 189) observa lo siguiente: “Algunos cuentos de dudosa originalidad dicen que el lucero se llamaba Auqa, y era la Hija del Sol y de la Luna, que el héroe tehuelche pidió en matrimonio antes de alejarse de la Patagonia. Entre los Indios del Sur o Aónikenk, tal leyenda era desconocida, y el nombre Auqa que los Tehuelches del norte dieron al lucero identificándolo con la misteriosa hija de los astros, tampoco les fue conocido”. Notamos al respecto la vaguedad del término *Tehuelches del Norte*; si se refiere a los Guenaken no poseemos información que confirme su aserto, y el autor tampoco la proporciona al no mencionar sus fuentes de información. Por otra parte en ninguno de los trabajos anteriores al de Llaras Samitier ni en las versiones más recientes recogidas por Bórmida, Casamiquela y nosotros se menciona a la Hija del Sol como Auqa. Al parecer este personaje no tiene nombre específico, o no se lo conoce en la actualidad; según las ancianas Yebes y Velázquez en aónik o áis⁴ se la denomina *Káleme Kéenguenken*, literalmente Hija del Sol. Rufino Ibáñez, que no proporcionó dato alguno sobre el episodio de la Hija del Sol, se refirió a Sol y Luna como padres del Lucero —*Atiulk*—, pero sin asociarlos con el ciclo de Elal. Sobre la base de estos elementos creemos que la apreciación de Llaras Samitier en cuanto al episodio en referencia no es correcta.

La relación de parentesco entre Sol y Luna como Sol-Marido y Luna-Mujer es constante en las versiones recogidas por Bórmida, Casamiquela y nosotros; lo mismo señalan Lista (1894, p. 25), Hughes (1927, p. 68) y Llaras Samitier (1950, p. 188). En cambio, en las versiones de Borgatello (1924, p. 129) y Harrington (1936, Ms.) se menciona al Sol y a la Hija del Sol omitiendo a la Luna. Por otra parte, como observa Casamiquela (1966, Ms.) “el nombre de la luna

(Kéénquenkon) es aquel del sol (Kéenguenken), con una terminación correspondiente a femenino, lo que revela la relación recíproca de la pareja”. Sólo una informante, Luisa Mercerat de Zapa entrevistada en 1967, no establece relación entre Sol y Luna, afirmando que Elal era el hijo del Sol y que se casó con la Hija de la Luna. Es de notar que la misma desconoce todo otro detalle de las narraciones del ciclo de Elal y por lo tanto puede tratarse de un error.

El motivo de Sol y Luna se repite en un mito guennaken recogido por Lehmann-Nitsche (1919b, p. 183) pero la relación entre ambos personajes no es la misma, ya que se trata de hermanos varones; además el Sol desempeña un papel muy diferente, el de héroe civilizador, si tenemos en cuenta que introduce la división del tiempo en día y noche y organiza las estaciones del año. En cuanto al mito sobre el origen de las estaciones, es importante hacer notar su semejanza con las versiones del mismo recogidas por nosotros entre los Aónik'enk y relacionadas con el ciclo de Elal. Estas aclaran los aspectos que resultaron incomprensibles para Lehmann-Nitsche probando al mismo tiempo la procedencia meridional del mito. El mismo autor contempló la posibilidad de que fuera oriundo de otras regiones (Lehmann-Nitsche, 1919b, pp. 201).

Mascardi en su Carta-Relación (en Furlong, 1963, pp. 129), refiriéndose a los “Puelches del Nahuelguapí” nos proporciona fragmentos de lo que sin duda alguna fue una o varias narraciones míticas: “dicen que el Sol fue hombre y la Luna fue su mujer, y que de la tierra subieron al cielo, y que ellos se mueven por sí”; Casamiquela (1966, Ms.) postuló recientemente que los “Puelches del Nahuelguapí” no eran sino una parcialidad de los tehuelches meridionales boreales —Téwsen—. Esto prueba la existencia de motivos muy semejantes en la mitología del grupo boreal.

El motivo de Sol y Luna como marido y mujer respectivamente aparece también en la mitología ona, relacionado con distintos mitos etiológicos que hacen a los movimientos de estos astros y a las relaciones entre ambos y con los Ona (Cojazzi 1911, pp. 32 y 80-81; Dabene, 1900, pp. 76-77; 1911, p. 271). Es de especial interés la asociación de estos personajes al ciclo del héroe de la mitología ona, Kuanyip. Cojazzi, cit., p. 82).

En la mitología araucana antigua, anterior al S. XVIII, se repite el motivo del Sol-marido y Luna-mujer (Casamiquela, 1960, pp. 205 y sig.), motivo casi inexistente en la actualidad; aparece en un mito

sobre el diluvio entre los Araucanos publicado por Lehmann-Nitsche (1919 a, pp. 29-30).

CULTO LUNAR. Algunas referencias en las fuentes antiguas y actuales permiten inferir el resabio de culto lunar entre los Aónik'enk. A este respecto Sánchez Labrador (1938, pp. 64 y 70) hace notar que "en el plenilunio salen todos a mirar la luna, y a grandes gritos y con muchas monerías la piden que les dé fuerzas, porque dicen que ella puede hacerlos valerosos". A pesar de que Sánchez Labrador atribuye esta práctica a los grupos patagónicos en general, que durante el S. XVIII se hallaban en la actual provincia de Buenos Aires, creemos poderla asignar a los Tehuelches Meridionales debido a la concordancia con datos posteriores más precisos. En efecto, Musters (1911, p. 277) observó que sus compañeros de partida Aónik'enk saludaban "a la luna nueva con un ademán respetuoso acompañado de unas palabras murmuradas en voz baja". Por su parte nuestro informante Rufino Ibáñez manifestó que Kéenguenkon —la Luna— era muy respetada y venerada entre los Aónik'enk; a ella le pedían clemencia y se le dirigían rezos. Para esto el grupo entero esperaba la salida de la luna nueva y en un lugar siempre situado detrás de las carpas se arrodillaban en conjunto en tanto que le rezaban, solicitándole mercedes y ayuda. Según Ataliva Murga, entrevistado en 1967, el rezo que se le dirigía a la Luna consistía en la fórmula siguiente: "que esté bien de salud y que le haga vivir muchos años"; según Margarita Pocón a la Luna nueva los paisanos le pedían "que venga bien, sin lluvia, sin nada... y que traiga suerte". Además la mayoría de los informantes afirmaron que existían canciones especiales para la Luna, habiéndose grabado alguna de ellas.

Queremos plantear ahora un problema no resuelto: según Rufino Ibáñez, *Ushua* (lit. 'de nosotros') es el alto dios que habita en el cielo 'entre' la Luna, es decir *en la luna*. Esta afirmación hace surgir una cierta ambigüedad en referencia a la sacralidad de la Luna; no es claro distinguir si ésta es consecuencia de albergar a *Ushua* o de ser directamente una divinidad diferenciada. Los datos que poseemos sobre el ser celeste no permiten aclarar este problema que por lo tanto queda abierto.

MAIP. Esta figura de la mitología tehuelche meridional es mencionada por Lista (1894, pp. 32) como un espíritu del mal que representa "la oscuridad de la noche y el viento desolado en la planicie". Para Borgatello, *Maipe* (1924, p. 22) sería algo así como un 'deus

otiosus', ser superior bondadoso al que no se le rinde ningún tipo de culto. Sin duda alguna esta interpretación no es exacta y parece surgir de una confusión con el ser celeste creador. Beauvoir en su Vocabulario (1915, pp. 180) da dos significaciones de la voz *Máiph*: la de 'espíritu bueno' y la de 'sombra'; la primera en concordancia con la interpretación de Borgatello. Llaras Samitier (1950, pp. 198), al igual que Lista, ve en *Máip* a un espíritu dañino, portador de la mala suerte, relacionado con el viento. En la versión de Llaras Samitier esta figura está vinculada al cielo mítico de Elal, hecho no comprobado por nosotros debido probablemente a la etapa avanzada de destrucción de las tradiciones culturales.

A través de los relatos de los paisanos actuales podemos percibir al *Máip* como una potencia casi siempre maléfica y sin figura propia claramente delineada: puede ser tanto un animal como una persona, hombre o mujer, paisano o cristiano, ser pequeño, etc. Resulta difícil verlo y peligroso mirarlo. Tiene la connotación de un anticipo del mal y de un agente de desasosiego, aunque en algunas versiones tiene además connotación benéfica en cuanto puede ser portador de buena suerte (Velázquez). En efecto, la anciana Yebes distingue claramente dos tipos de *Máip*: el de la Cordillera y el de la Pampa, maligno uno y benigno el otro.

El *Máip* se manifiesta como una presencia que se siente y desasosiega, revelándose, en tanto que casi siempre invisible, con un solo grito o un silbido de variadas características (de hombre grande o chico, de vieja, etc.). Se lo siente en los atardeceres y a la noche cuando cruza la ruta del mar hacia la cordillera, donde tiene su morada (Ibáñez). Según otras versiones no tiene ruta ni paradero fijo. Ninguno de los informantes asoció a *Máip* con el viento tal como lo hacen Lista (1894, p. 32) y Llaras Samitier (1950, p. 198), insistiendo por el contrario que su peligrosidad aumenta con la calma.

Es omnipresente, aunque casi siempre se hace sentir en los momentos críticos de la existencia, cuando alguien muere o está enfermo. Según Ibáñez, cuando *Máip* se revelaba a los paisanos reunidos en un velorio la primera en sentirlo era alguna anciana que de inmediato ponía a los demás sobre aviso; entonces todos enmudecían, pendientes de los ruidos de afuera. Empero la anciana podía enfrentarlo y alejarlo; para ello, mientras los demás permanecían en el interior del toldo, ésta salía y daba vueltas alrededor del mismo hablando y dando golpes con algunos cascabeles de los que previamente se había proveído.

Analizando esta figura de la mitología tehuelche notamos en la mayoría de las versiones una asociación constante con la muerte y más específicamente con la figura desdibujada del muerto. Nos basamos para ello en afirmaciones como éstas: “Máip es una sombra de difunto que anda penando”, “es una sombra, nada más” (Velázquez); “es la sombra de seres pequeños” (Mariano); “el ánima de un finado, unos buenos y otros malos, según el finado como era” (Teresa Pascual); “el espíritu de los muertos” (Ataliva Murga); “un fantasma que hace mal” (Lorenzo Yebes); “el espíritu de una persona muerta” (Ibáñez); “el gualicho del finado que camina, se queja, grita” (Antonio Yebes); “lo del muerto, la sombra de un finado” (Mercerat).

Por otra parte la afirmación de Ibáñez de que “a este movimiento ellos le pusieron Máip porque se asustaron”, nos hizo pensar que la voz *máip* pudiera tener una significación específica. En efecto, a través de la consulta de los vocabularios en aóniko áis pudimos comprobar que *máip* significa ‘sombra’ (Beauvoir, 1915, pp. 180) y *allnk’-máip* ‘figura’, significando *allnk* ‘hombre’ y *’alk’maip* ‘dibujar’ (Moreno, 1879, pp. 380). En ocasión del trabajo de campo realizado en 1967 insistimos durante las entrevistas para aclarar el significado de este término y observamos que era frecuentemente identificado con la *sombra* —especialmente humana— y con la *fotografía* que tienen como característica común la falta de profundidad, es decir tan sólo dos dimensiones.

De la conjunción de la totalidad de estos datos creemos posible inferir que *Máip* es la sombra del muerto cuya figura desdibujada aparece con mayor frecuencia como portadora de mala suerte. Su percepción proviene sin duda alguna de una experiencia vivida, de un encuentro con el difunto, tal como algunos de nuestros informantes realmente dicen haber tenido (Velázquez, Yebes). De acuerdo con van der Leeuw (1955, p. 123) no creemos que sean las ‘almas’ o ‘espíritus’ de los difuntos los que tengan potencia, sino ellos mismos, es decir sus figuras de cadáver viviente, puesto que “el muerto no es un alma sin cuerpo, sino otra corporeidad”. Es evidente que se da una atenuación de potencia en cuanto a la figura en sí: vimos que *Máip* puede asumir distintas formas, todas muy desdibujadas, como ‘sombras’ carentes de volumen. Por el contrario la potencia de la voluntad va en aumento, imponiéndose sobre los seres vivos tanto en un sentido

favorable como funesto. En el caso de *Máip* predomina este aspecto, de ahí que el enfrentamiento produce angustia y desasosiego tanto en los hombres como en los animales, que muy frecuentemente se espantan. La hora, lugar y situación en que se presenta son también los oportunos para ocasionar esos sentimientos: la noche sin viento, fuera de la vivienda, la enfermedad y la muerte.

N O T A S

¹ BORMIDA, M. y CASAMIQUELA, R. (1963); RODRÍGUEZ CARRERA, G. y SIFFREDI, A. (1967): Textos inéditos de mitología tehuelche meridional. Los principales informantes entrevistados fueron Feliciano Velázquez de Martínez (mestiza de tehuelche meridional y septentrional) de Piedrabuena, fallecida en 1966; Ana Montenegro de Yebes y sus hijos Lorenzo y Antonio Yebes, Rufino Ibáñez y Margarita Pocón (mestizos) de la reserva indígena de Camusu Aike; Luisa Mercerat de Zapa, Ataliva Murga y Teresa Pascual (mestizos) de la zona de influencia de Tres Lagos.

² Denominación que se dan a sí mismos los tehuelches meridionales.

³ *Vide*: SIFFREDI, A. El ciclo de Elal, héroe mítico de los Aonik' enk.

- AUGUSTA, F. de. 1916. "Diccionario araucano-español y español-araucano". Santiago.
- BEAUVOIR, J. M. 1915. "Los Shelknam, indígenas de la Tierra del Fuego". Buenos Aires.
- BORGATELLO, M. 1924. "Nella Terra del Fuoco". Turín.
- CASAMIQUELA, R. 1960. "Estudio del Nillatun y la religión araucana. En: Cuad. de la Univ. nac. del Sur. Bahía Blanca.
— 1966 "Algunos datos nuevos con relación al 'Panorama etnológico de la Patagonia' ". Ms.
- COJAZZI, A. 1911. "Contributi al folk-lore e all'etnografia. Gli indii dell'Arcipelago Fueghino". Torino.
- CHEBTUDI, S. 1959. "Le Quirquintcho et le Renard. Un conte tres répandu en Argentine". En: Actas Internationaler Kongress del Volkserzählungsforscher in Kiel und Kopenhaguen, 1959. Berlin, 1961.
— 1962. Cuentos de animales en el folklore argentino. En: Folklore Americano, año 10, nº 10, pp. 17-30. Lima.
- DABBENE, R. 1900. Los indígenas de la Tierra del Fuego. Contribución a la etnografía y a la antropología de los fueguinos. Buenos Aires.
- ERIZE, E. 1960. Diccionario comentado Mapuche-Español. En: Cuad. del Sur. Univ. Nac. del Sur. Buenos Aires.
- FLURY, L. 1944. Güiliches. Tradiciones, leyendas... En: Rev. Inst. Arqueol. Ling. y Folk. Univ. de Córdoba. T. VIII.
- HARRINGTON, T. "Versiones inéditas de mitología tehuelche meridional". 1936.
- HUGHES, W M. 1927. "Ar Lannaur Gamwy Im Mhatagonia". Lerpwl.
- LEEuw, G. van der. 1955. La religion dans son essence et ses manifestations. Paris.
- LEHMANN-NITSCHKE, R. 1919 a. Mitología Sudamericana I. El diluvio según los araucanos de la pampa. En: Rev. Mus. La Plata, T. 24, pp. 28-62.
— 1919 b. Mitología sudamericana II. La cosmogonía según los puelche de la Patagonia. En: Rev. Mus. La Plata, T. 24, pp. 182-205.
— c. Mitología sudamericana III. La marea alta según los puelche de la Patagonia. En: Rev. Mus. La Plata, T. 24, pp. 206-209.
- LISTA, R. 1894. Una raza que desaparece: "Los indios Tehuelches". Buenos Aires.
- LLABAS SAMITIER, M. 1950. Primer ramillete de fábulas y sagas de los antiguos Patagones. En: RUNA, 3, 1-2, pp. 170 y sig.
- MASCARDI, N. 1963. Carta-Relación. En: Furlong, G.: Nicolás Mascardi S. J. y su Carta-Relación. Buenos Aires.
- MORENO, F. P. 1879. Viaje a la Patagonia Austral, 1876-1877. Buenos Aires.
- MUSTERS, G. Ch. 1911. Vida entre los Patagones. Univ. Nac. La Plata. Bibl. Centenaria. T. I. Buenos Aires.
- SÁNCHEZ LABRADOR, J. 1938. En Furlong, G.: Entre los Pampas de Buenos Aires. Buenos Aires.
- ZERRIES, O. 1959. Las constelaciones como expresión de la mentalidad cazadora en Suramérica. En: Estudios Americanos. V. XVII. Nº 88-89. Sevilla.